

LOS FALSIFICADORES DE LA FAMA

Periódicamente hombres oscuros, apellidos de fácil expresión fonética, nombres contagiosos se pegan a los oídos, resueñan como bocinas sin saber por qué. . . Los diarios lo estampan en grandes caracteres. En los editoriales y en los sueltos del día, figura con cotidiana frecuencia. Un contagio psicológico se opera en todos. . . Los pilletes vocean en las calles la última obra, el último gesto del hombre del día. . . Como campanas sincronizadas, sus gargantas repiten el maravilloso apellido que hace vender los diarios, aumentar los tirajes de las publicaciones, vibrar las prensas.

El nombre hace grande al hombre. E inmediatamente la crítica decanta la escoria, el tiempo, que va barriando cenizas sobre el hombre del día. Así, su fama va debilitándose, apocándose, hasta tornarse borrosa. . . El hombre del día se oculta y un sol nuevo le eclipsa del todo. . .

Los pueblos que, como la Argentina, viven la democracia, están acostumbrados a las migraciones periódicas de estos astros falsificados. Son planetas pintados sobre el cristal del telescopio. . . sombras, esperanzas, nada entre dos platos.

Jorge Ohnet fué uno de estos genios improvisados. Durante varios años Francia no vivió sino pensando en él. Sus obras se vendían por millares. Los editores se disputaban sus libros. El público los compraba y los prefería. . . Hasta que un día Anatole France, cuya fama se encontraba en su apogeo, pinchó el globo de aire. Y todos vieron que dentro de sus fábulas insípidas, de sus novelones abundantes, no había nada.

Nuestro tiempo es el más apto a las falsificaciones. Lo nuevo, lo distinto atrae con poderosa sugestión. El oído del hombre moderno está preparado mejor que en ninguna otra época para escuchar las más atrevidas invenciones.

Faltos de afectos reales, buscamos en la ilusión, alimentar la esperanza. Carentes de grandes hombres, los forjamos. Y tratamos de alimentarlos, de acrecerlos, no para que sean más grandes, sino para que satisfagan a nuestra ilusión.

Ninguna época como la nuestra ha tenido tantos pigmeos encumbrados, pero tampoco ninguna como la actual ha deseado más encontrar hombres que la interpreten, la encaucen y la dominen. Una colectiva necesidad de obediencia se ha apoderado de las masas. Dijérase que las revoluciones políticas y sociales que asolan a varias naciones son un desmentido a tal afirmación. Nada más erróneo. Las masas anhelan obedecer, pero, como las ranas del cuento, no quieren un rey de palo que se humedezca en el agua de la ciénaga. El héroe debe ser un rey, pero un rey vivo, palpitante; un rey que sea algo y que ilumine alguna senda. No un espantapájaros, sino un hombre. Y un hombre que *haga*, que se mueva, que se agite. Un hombre con brújula. Las revoluciones engendran las dictaduras. Nacen del desgobierno, de una necesidad de orden. Las revoluciones no son el desorden, sino su resultado y su remedio. Nacen de la disciplina, se alimentan en el caos y crean el orden. Un orden nuevo es siempre una disciplina nueva. La violencia nunca tuvo que ver nada con la libertad. La libertad política es un juguete de niños traviesos. . . y un juguete peligroso que debemos sacar cuanto antes de las manos de los niños. . .

Las revoluciones tienden a destruir el desorden, para cimentar una organización nueva de carácter estable. La sociedad no puede vivir, hoy día, sin la organización del Estado. La vida moderna va exigiendo, cada vez más imperiosamente, que el individuo vaya renunciando a su libertad, si quiere ser feliz.

¿De qué vale una libertad que nos cuesta la felicidad? La literatura ha infectado a muchas palabras obscureciendo los conceptos. Tal pasa con las palabras libertad, independencia, derechos, voto, sufragio. Ha terminado por dárseles un contenido que equivale a falsificarlas.

Cancela hacía notar que la palabra servidumbre nos resulta

repudiable solamente porque no nos detenemos a romper la costra enquistada de su cubierta. Todos servimos y es un gran honor poder hacerlo. El estudio y el trabajo son las dos formas gloriosas de la servidumbre del hombre, que, sobre la tierra, parece estar destinado a servir para ser útil. ¡Desgraciados los que no sirven para nada, porque ellos no verán nunca la recompensa de la gloria!; más aún, ¡nunca podrán siquiera detenerse a gustar la ilusión de esperarla!

*

* *

La época actual — decíamos — siente como ninguna la angustia de la falta de hombres. Como Diógenes quizás habría que salir a la calle, linterna en mano, a buscarlo con el ánimo desfalleciente. Por eso nuestro siglo — mitad niño, mitad mujer — crea héroes, inventa mitos, engrandece sombras, alimenta fantasmas. . . El afán por los "raids" modernos impulsa a los audaces que se lanzan a través de los mares. Son héroes durante quince días.

La idolatría, la sed de mitos, tiene en los deportes una de sus expresiones más típicas. Y abordando el caso inquietante de la política, obscuros procuradores se transforman en héroes nacionales. No han hecho nada y muchas veces son inconscientes de los mismos vientos que levantan a su alrededor. Ignoran las leyes a que obedece la simpatía espontánea que despiertan.

Como Buster Keaton, prosiguen, sin saberlo, su tarea sin darse cuenta de nada. Muchas veces su misma estupidez los convierte en ironistas y su ignorancia del idioma en poetas novisensibles.

La "fama artificial" cobra gravedad cuando es consciente y organizada. En los grupos literarios hay ejemplos a granel. Unos cuando muchachos mediocres son capaces de llegar a conmover la opinión con un poco de audacia. Y eso sucede porque nuestra época busca héroes. Los quiere nuevos y baratos. Los desea muchas veces, con el anhelo secreto de los niños, capaces de exigir un juguete hasta el llanto con el sólo objeto de romperlo *para ver lo que hay dentro*.

Pasada la avalancha, los lebreles hambrientos de la crítica se

apoderan de la presa, le hincan el diente, la destrozan. ¡Bienvenidos estos destructores de ídolos, bienvenidos estos libertadores del espíritu! La única tiranía que resulta insoportable y odiosa es la de las ideas. ¡No poder elevar el espíritu, no poder sospechar la verdad. . .! El esclavo peor es el que tiene por amo un fantasma.

*

* *

León Dujovne es uno de estos libertadores. Dotado de un espíritu de análisis poderoso, ha hendido su acero, sin violencia y con estilo, en la fama de un ídolo cuyo nombre repiten aún hoy, con sonar de campanillas, sus admiradores póstumos. El libro de Dujovne intitulado *La obra filosófica de José Ingenieros* es una certera estocada. Mitad por su inclinación racial, mitad por las disciplinas filosóficas a las cuales está dedicando lo mejor de su vida, posee Dujovne un temperamento agudo, de juez que interroga y que expone los hechos claramente para que ellos mismos condenen al falsificador intelectual. La muerte no basta para perdonar los delitos que se cometen contra la cultura, aunque sólo sea por frivolidad. . . Esta exigencia constante e inexorable de hombre acostumbrado a examinar a conciencia, es la característica de Dujovne. Pese a quienes no quieren verlo, Dujovne es aquí el menos imparcial de los hombres. Ha tomado su postura como un soldado en el frente y la defiende victoriosamente con toda su artillería.

Quizás este afán moderno de la crítica acabe por sembrar una desconfianza mayor. Así como el libro de Dujovne ha de haber creado dudas en algunas conciencias, habrá despertado también el deseo de no recibir como legítimo todo lo que lo parezca. Dujovne nos ha privado de un héroe, pero nos ha dado una verdad. Aunque sintamos que algo amargo nos muerde en la conciencia démosle las gracias, y miremos adelante, en busca de una nueva esperanza.

Los críticos como Dujovne traen una feliz tranquilidad para el espíritu. Los mitos modernos no duran más de una generación. Los muñecos dorados no resisten a la lluvia y el viento. Los ídolos falsos no se sostienen. La fama no es veleidosa, sino que muere cuando es injusta. El hombre del día es, después de pasadas las 24 horas, el hombre de ayer. Y el hombre de ayer es igual a Nadie.

Tamices, hacen falta tamices que depuren lo falso de lo auténtico. Sólo así llegará nuestro país, agrícola-ganadero, a ser un país culto. Mientras tanto, los ilusionados, los enamorados de fantasmas, los creadores de mitos, prosiguen su tarea. Ellos son útiles, también.

EDUARDO VACCARO.